

EN WASHINGTON FALTA UN JORGE WASHINGTON

El que oprime a una nación se declara enemigo de todas.

ROBESPIERRE.

La grandeza de un estadista se mide por el número de gentes a quienes hace felices.

NOVICOW.

Los señores Coolidge y Kellogg han establecido en Nicaragua un estado de guerra no autorizado por el Congreso de la Unión, que no justifica ningún principio de Derecho, no pedido ni deseado por la nación estadounidense, que los nicaragüenses ven como un crimen y que la América Latina condena sin reservas como un acto de conquista.

Dichos hombres de Estado han abusado de la fuerza de su patria, sin permiso del pueblo de los Estados Unidos. Su responsabilidad es muy seria, no sólo ante el orbe, sino ante su propio país que debe pedirles cuentas de estos actos.

Esa política arbitraria es, en sí misma, intolerable, pero ¿quién la detiene? Las fuerzas de Nicaragua y las de Estados Unidos guardan la misma proporción que existe entre el poder de un niño enfermo y el de un campeón de box. Y por eso, como la defensa patriótica es imposible, la intervención es odiosa.

Los gobernantes de la Casa Blanca han retrogradado a la época del absolutismo imperial. Tanto el presidente Coolidge como su secretario Kellogg, se imaginan poseer la verdad absoluta, por la gracia de Dios. Piensan que por ser los Estados Unidos, sanos, vigorosos y ricos deben ser forzosamente conquistadores para aplastar a las naciones indefensas.

Mr. Coolidge afirma que Adolfo Díaz es el Presidente legal de Nicaragua, y esta afirmación no debe tener réplica. La constitución nicaragüense y la opinión de los jurisconsultos le tienen sin cuidado; él se considera infalible como una pitonisa.

Kellogg, por su parte ha dicho que México es bolchevique, que sus leyes son soviéticas; que somos, en América, la continuación de Rusia; que estamos propagando las ideas rojas hacia el Sur; que tenemos las intenciones de extender nuestra influencia militar, política y económica a Centroamérica, para rescatar algún día el Canal de Panamá. Y como lo dice Mr. Kellogg, oficialmente, ante el Senado de su país, el mundo escucha aquella imputación, de la que seguramente algo quedará en el espíritu de su nación que está acostumbrada a creer las declaraciones contundentes de sus hombres de Estado. Con cuyo sistema se inyecta veneno al pueblo para que, ya envenenado, apruebe sin protesta los atentados que dichos gobernantes tuvieron premeditados y resueltos.

El Gobierno de los Estados Unidos está convencido de que el interés principal de su país es crecer, enriquecerse y dominar; y como ese fin se logra con la absorción, está al acecho de sus vecinos débiles para atacarlos, invadirlos y someterlos a su hegemonía con cualquier pretexto. Piensa, con criterio absolutista muy siglo XVIII, que sobre su interés no hay ningún interés extraño que prive, aunque ese interés sea el sagrado principio de la libertad; sin detenerse a meditar que su mala política de agresión ciega y sorda está dejando en todos los pueblos de la América Latina un sedimento de odio y desconfianza cada día más intenso.

El Gobierno de los Estados Unidos olvida que es un buen estadista aquel que no sólo procura el bien de su pueblo, sino el de la humanidad entera, por medio del respeto al Derecho ajeno, y un espíritu sincero de paz y cooperación internacional .

Los políticos estadounidenses, que podrían ser los factores decisivos de la armonía en este continente, parece que se han propuesto echarse encima la inquina de una raza a la que comenzaron a atropellar en 1847 y siguen vejando sin piedad y sin escrúpulos, olvidándose de que los actos de un gobernante trascienden a las generaciones futuras, y que, de consiguiente, la mala semilla que arrojan ahora al alma herida de la América Latina, dará malos

frutos que alguna vez causarán daños irreparables a su propio pueblo, al que dicen amar tanto.

Y no debe ser esa la política moderna de las potencias fuertes, porque la historia de la humanidad cerró ya su ciclo de conquistas para abrir sus brazos a la fraternidad universal. ¿Y qué clase de fraternidad nos ofrecen los Estados Unidos de Norteamérica?

La fraternidad que nos ofrecen, es una, y la que nos otorgan tiene la máscara grotesca del panamericanismo que es la burla más sangrienta del amor de hermanos. Los Estados Unidos no nos quieren, ni nunca nos han querido; no nos estiman, ni jamás nos estimaron. . . . Nos desdennan olímpicamente, y por eso, con el mayor desenfado, quebrantan nuestras soberanías, se mezclan en nuestros negocios domésticos y nos tratan como la Roma imperial trataba a sus ciudadanos: como siervos del Estado. Los políticos del Big Stick se imaginan que la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas son paisecitos insignificantes que es preciso someter a culatazos.

Su criterio en política internacional es torcido y burdo; el maestro Boutmy, del Instituto de Francia, define así la psicología de estos hombres:

“La sola política exterior inteligible para esta multitud se reduce a una psicología muy simple que se expresa con frases como estas: Es preciso ser fuerte; la fuerza se mide por la extensión del campo donde ella se hace sentir. Una potencia cuya voz se hace oír en todo el universo es más fuerte que una potencia que no se hace oír más que en un continente. La fuerza se mide aún por los golpes que se dan a su vecino, y es preciso que la prueba sea renovada de tiempo en tiempo; los golpes que se dan son un hecho incontestable. La fuerza se demuestra por la arrogancia de las declaraciones diplomáticas. La arrogancia es como un golpe que se administra por medio de la palabra. Una diplomacia discreta y mesurada se haría sospechosa de timidez; la estridencia y las violaciones del lenguaje son ya como principios de victoria”.

A los Estados Unidos les falta un hombre que, sabiéndose elevar por encima de los intereses bancarios y petroleros de Wall Street, deseara y supiera hacer el bien para establecer el reino de

la tranquilidad y la dicha en nuestra América. Necesitan un Cavour que pusiera, no sólo su inteligencia, sino su corazón en una obra indestructible de unión *continental*. Les falta un Gladstone que practicara su sabia máxima: "Adoptemos como línea de conducta obrar hacia las demás naciones como desearíamos que obrasen con nosotros."

¿Cuándo habrá en los Estados Unidos hombre así? Algún día, porque un pueblo que ha dado al mundo el ejemplo de probidad de un Jorge Washigton, tendrá que producir figuras mucho mejores que las actuales.

(*Excélsior*, 21 de enero de 1927).